

Reflexiones de un médico ante la Pasión y Muerte del Señor

DR. LUIS RODRÍGUEZ

De la Beneficencia Municipal

III.—LA VÍA DE LA AMARGURA

El pueblo deicida, ya tiene en su mano la muerte del Redentor. A unos veinte metros de donde ha sido condenado, se halla la Cruz en que ha de ser crucificado; a empellones y puñadas es llevado hasta aquel lugar. La alegría del triunfo conseguido enardece a la multitud, y en medio de un griterío ensordecedor, Jesús ha vuelto a ser vestido con su túnica, que se va enrojeciendo con la sangre que mana incesante de su cuerpo, que es ya una sola herida.

Antes de seguir adelante, conviene que digamos que, según algunos comentaristas, la Cruz en que fué crucificado Jesucristo medía unos quince pies romanos, que son aproximadamente unos cuatros metros y medio de longitud en el palo vertical, y algunos menos, hasta alcanzar una longitud de dos metros y medio, en el horizontal.

La Cruz en que fué crucificado el Redentor, parece ser que estaba confeccionada, sobresaliendo un poco el palo vertical sobre el horizontal, constituyendo la parte saliente lo que se denomina esteba, y en la cual se colocó el INRI; es decir, fué una Cruz *immissa* con la sentencia del reo. Desde luego, era una Cruz tosca, exactamente igual a la de los ladrones que en aquel mismo Viernes fueron ajusticiados, pues sólo por un hecho milagroso le fué dado a Santa Elena el diferenciar la Santa Cruz del patíbulo de los otros dos ajusticiados.

Estudios microscópicos llevados a cabo con minuciosidad, han demostrado que el Santo madero era de pino, y dada la consistencia de esta madera y las longitudes que dejamos apuntadas, debía pesar entre setenta y cinco y ochenta kilos.

Hemos hecho estas consideraciones para comprender más fácilmente el traumatismo producido por un madero de este peso sobre unos hombros llagados por la flagelación. No olvidemos que las lesiones producidas por la flagelación y la corona de espinas, han sido soportadas con sin igual resignación por Jesús, estando en reposo; de ahora en adelante varían las condiciones, y sobre los hombros de un Hombre debilitado por la hemorragia, deprimido psíquicamente, en un estado de ánimo a todas luces lamentable, se carga con un peso de setenta y cinco a ochenta kilos y se le hace caminar, por un pavimento rústico y pedregoso, bien es cierto que no muy largo, unos seiscientos metros que median entre el Pretorio y el Calvario, que está casi junto a la Puerta de Efraín, los pies descalzos, el suelo lleno de desniveles. Jesús a los pocos

pasos cae abrumado por el peso de la Cruz; nuevas llagas en sus rodillas; le levantan los soldados de la escolta y temen que muera por el camino. Una vez puesto en pie, la marcha empieza de nuevo: una marcha vacilante, el sudor baña su rostro, las turbas le insultan, aquel madero se va clavando sobre su hombro derecho —impronta que puede comprobarse en el Santo Sudario—, hombro que es una llaga de continua hemorragia que empapa en una mancha púrpura sus ropas.

Para avanzar, ha de hacer un esfuerzo muscular, y a este esfuerzo, por una ley de coordinación, ha de hacerse otro para sostener el peso y buscar el equilibrio, mas no olvidemos la topografía del terreno y pensemos que la Cruz va rebotando sobre los guijarros del suelo, y, por tanto, a los ya producidos, se van aumentando nuevos traumatismos y contusiones.

En la lid, interviene todo el sistema muscular, unos músculos por inervación medular, otros dominados por la voluntad a través de la función cerebral, pero estos músculos, tanto unos como otros, traumatizados por el martirio, con una escasa nutrición sanguínea producida por la hidrohemia que Jesús viene padeciendo, consecutiva a las sucesivas hemorragias, y con una sangre privada de defensas que arrastren los productos de desamiliación, que hace que en los músculos se vaya depositando el ácido láctico que el organismo es ya incapaz de metabolizar. El ejercicio intenso, si es muy prolongado, agota las reservas de glúcidos; después, el organismo, tratando de defenderse, consume la grasa y hasta cierto grado las proteínas, previa transformación de ambos principios en carbohidratos. Cuando se han gastado todas las reservas de glúcidos, hace su aparición el agotamiento físico. Si consideramos que Jesús era de constitución atlética, con pocas reservas grasas, fácil nos será comprender el precario estado en que se encontraba bajo el peso de la Cruz.

A lo expuesto, vendría a sumarse, con no menos importancia, el choque psíquico que representa para Jesús el encuentro en tales circunstancias con su dolorida Madre, en la Vía de la Amargura. Es conocida la respuesta de la médula suprarrenal al estado de Stress o de emergencia que crea el choque psíquico, descargando la adrenalina al torrente circulatorio. Esta adrenalina produce un vasoconstricción y una taquicardia, con el consiguiente aumento del trabajo cardíaco. Pensemos en qué condiciones se encontraría el músculo cardíaco del Divino Condenado, ya agotado por el martirio anterior, con estas nuevas exigencias vitales. El cansancio ha aumentado, la fatiga es intensa, parece que

ha de morir antes de llegar al Calvario, y entonces, en aquella hora de sexta que va cayendo lentamente sobre aquel arrabal hondo de Jerusalén, donde las terrazas parecen desaparecidas por el inmenso gentío que las ocupa, la voz del pregonero que ruge la sentencia. Por las tortuosas callejas que desembocan en la vía principal se descuelgan racimos de plebe que quiere ver el paso de los condenados, y en Torre Antonia, un hombre, Simón de Cyrene, es obligado a tomar la Cruz de Jesús para ayudarlo; el Divino Reo no puede soportarla ya; Jesús y Simón se miran frente a frente y éste queda prendido en la misericordiosa mirada del Maestro, turbia por la sangre que resbala desde un párpado rasgado por una de las espinas. A pesar de que es ayudado, Jesús de Galilea cae por dos veces más, y al fin llega acompañado de los otros dos condenados a la cumbre del Calvario para consumir su Redentor Sacrificio.

IV.—CRUCIFIXIÓN Y MUERTE

Para ser crucificado, es despojado previamente de sus vestiduras; estas ropas, que son un verdadero apósito de sus llagas, son arrancadas con violencia, y de nuevo la hemorragia copiosa inunda Su Cuerpo, que va quedando exangüe por la pérdida tan tremenda de sangre. Y así llegamos a la Crucifixión. Tendido Jesús sobre la Cruz, Su Cuerpo desnudo no deja de manar sangre, sobre todo de aquella espalda tan cruelmente azotada en la flagelación. En tanto un sayón estira un brazo sobre la Cruz, el verdugo toma un clavo largo, puntiagudo, cuadrado, de ocho milímetros de grueso cerca de la cabeza, le pincha en el pliegue de la muñeca, sitio el más conveniente y que conoce por experiencia, y lo hunde a martillazos, dejando el brazo fijado al madero; de la boca de Jesús no sale una palabra, ya no dirá nada hasta que, colgado de la Cruz, redacte las Siete últimas cláusulas de su Divino Testamento; pero una contracción de horrible dolor cruza su rostro, el dedo pulgar se opone a la palma de la mano y hay un imperioso y violento movimiento, el nervio mediano está lesionado y, como una ráfaga de fuego, sube por el trayecto del nervio hasta el hombro y explota en el cerebro con un irresistible dolor. Otro tanto ocurre con la otra mano. Una vez fijo por los brazos a la Cruz, ésta es levantada y sujeta en el suelo, y entonces se procede a la fijación de los pies, para que el cuerpo no oscile como un péndulo. Si bien el proceso de clavazón es el mismo que en las manos, sin embargo las características anatómicas no lo son, y hemos de considerar que la